

He aquí algo de lo que va implicado en la llamada "forma urbana de vida": en vez de cuevas o refugios, se edifican habitaciones permanentes, dentro de las cuales se instalan los varios utensilios indispensables para la vida doméstica. Surge como nueva manera de ganarse la vida el comercio fijo, que distribuye en la ciudad tanto los productos fabricados por los varios operarios establecidos en ella, como las semillas, plantas, etc., traídas de afuera. Se fortalece la organización militar y política, cuya influencia y presión se deja sentir en la autoridad civil —la policía— que cuida del orden y paz de la ciudad. Como consecuencia de todo lo anterior, va acentuándose cada vez más la división de clases en la ciudad: los señores (gobernantes y sacerdotes), los guerreros, comerciantes y artesanos, los siervos y aún a veces los esclavos. Y llega a sentirse tanto en algunas ocasiones la presión ejercida por la autoridad y por la división de clases, que la iniciativa individual de los no-dirigentes desaparece casi por completo dentro del engranaje social de la urbe. Y esto no sólo en las ciudades antiguas, sino también, en cierto grado, en las contemporáneas. Tales son algunos de los pros y contras de la forma de vida urbana.

Sin adentrarnos ahora en un análisis exhaustivo de la misma, creemos que es suficiente para el problema que se desea examinar haber señalado algunos de sus rasgos más importantes. Pues bien, frente a la "mentalidad urbana", consecuencia de esa forma de vida propia de los grupos sociales urbanizados, existe y existió más ampliamente aun en el pasado, otra mentalidad libre de las "categorías urbanas", propia de quienes viven errabundos, fundamentalmente como cazadores, sin complicaciones y con mayor libertad de acción, pero desconociendo los numerosos adelantos culturales fundamentales que son fruto de la organización urbana.

Volviéndonos ahora al caso particular de muchos países de América Latina, concretamente de México, no debemos olvidar que esta doble mentalidad, la urbana, y la que no lo es, ha existido aun desde la época anterior a la Conquista. Porque, como ya se ha dicho, en la vasta zona cultural de Mesoamérica, al lado de las hordas seminómadas, de los chichimecas, otomíes y otros grupos, existieron los llamados "imperios" tolteca, azteca, maya antiguo y nuevo, así como los "reinos" tarasco, zapoteca y mixteca, todos los cuales tenían sus metrópolis y ciudades.

Con la Conquista no se cambió radicalmente este estado de cosas. En buena parte escogieron los españoles para establecerse las antiguas ciudades y pueblos de las grandes culturas mesoamericanas. Así es como Tenochtitlán pasó a convertirse, de metrópoli azteca, en la capital de Nueva España. Y naturalmente los indígenas que ya de antiguo vivían en ciudades, aun cuando algunos emigraron de ellas al tiempo de la Conquista, restaurada la paz, volvieron a esta-

blecerse en sus antiguos centros. Así, encontramos en todas las ciudades y pueblos los barrios indígenas habitados por los descendientes de los grupos aborígenes ya urbanizados desde los tiempos prehispánicos. En cambio, por lo que se refiere a las tribus de indios errantes, fuera de contadas excepciones, principalmente en los territorios de misiones, nunca se redujeron voluntariamente a la forma de vida urbana. Y aun en algunos casos en que fueron concentrados en pueblos por obra de los misioneros, los indígenas, carentes de la que hemos llamado "mentalidad urbana", se fugaban para volver a su vida libre y errante. En la actualidad quedan aún no pocos indígenas de los que jamás han sido habituados a la vida urbana: los tarahumaras, los otomíes, los seris, los coras, los huicholes y los lacandones, para no alargar más la lista. Todos ellos plantean al moderno indigenismo un problema: ¿deben ser reducidos a la mentalidad y forma de vida urbana? Y nótese que al hablar de vida urbana no sólo deben entenderse las ciudades y pueblos, sino en general toda esa compleja organización en la que se hallan también comprendidos los centros de producción, campos de cultivo, petroleros, minas, ranchos, vías de comunicación, etc. Y como nuestra organización urbana está íntimamente ligada con el moderno engranaje económico, la pregunta planteada toma entonces un sentido más hondo aún: ¿deben incorporarse esos indígenas, hasta ahora seminómadas, a las modernas estructuras económica y urbana? Tal es el problema práctico del que vamos a ocuparnos en seguida.

- *El Problema de los Indígenas "No-Urbanizados"*. Refiriéndonos en general a los antecedentes históricos de los grupos indígenas, señala el Dr. Manuel Gamio la necesidad ya apuntada de no perder de vista que la actual situación de atraso en que viven algunas tribus determinadas, se explica en parte por el hecho de que ya desde la época precolombina, esos mismos grupos indígenas no lograron sino un escaso desarrollo cultural, al lado de aquellos otros que ocuparon etapas evolutivas mucho más elevadas. Concretamente afirma el doctor Manuel Gamio:

"En efecto, la inferior situación actual de otomíes, tarahumaras y otros grupos se debe a la continuación y supervivencia de la primitiva cultura en que se desarrollaban antes de la Conquista, en tanto que en esos mismos tiempos mayas y aztecas ostentaban valioso desarrollo cultural que se caracterizaba por avanzada arquitectura, bella escultura, sabia cronología, elaborada mitología, etc. Esos antecedentes contribuyen a explicar por qué hoy en día estos últimos ocupan etapas superiores a las de aquéllos, ya que sus supervivencias corresponden a su superior nivel.

La labor indigenista debe tener en cuenta lo arriba expuesto, pues no se

pueden aplicar los mismos tratamientos a indígenas histórica y actualmente retrasados y a los que en el pasado y en el presente fueron y son más adelantados.”⁴

Apliquemos este criterio al problema concreto de la posibilidad y conveniencia de incorporar a los indígenas seminómadas a las modernas estructuras urbana y económica. Aún más y ante todo, es necesario reconocer que tal forma de transculturación tiene que enfrentarse a tradiciones y maneras de vida por completo distintas, practicadas durante milenios. Por esto, desde cualquier punto de vista científico, debe descartarse todo intento de reducir por la fuerza a esta clase de indígenas a la vida y economía urbanas. Una semejante violencia tan sólo produciría un nuevo trauma en el espíritu de dichos indios.

Y, sin embargo, el moderno indigenismo no puede tampoco cruzarse de brazos frente al problema que tarde o temprano se irá planteando a esos grupos indígenas. Porque, tomando en cuenta el desarrollo y penetración de la economía moderna, es indudable que, como sucede, por ejemplo, con los tarahumaras de Chihuahua, hasta ahora en su mayor parte errabundos, comienzan, por otra parte, guiados por el Instituto Nacional Indigenista, a organizar su trabajo, en tanto que por otra son contratados en los aserraderos o en la apertura de caminos, viéndose incorporados a la moderna economía y forma urbana de vida. Pero, si esto sucede espontáneamente y sin planeamiento de ninguna especie, las consecuencias prácticas para los indígenas suelen ser funestas, pues faltos de preparación técnica pasan a ocupar de inmediato el más ínfimo nivel en la escala sociocultural, alojándose en miserables tugurios, que, como anillos de miseria, van surgiendo alrededor de los centros urbanos de población.

Por esto es que no puede hacerse a un lado el problema de la aculturación urbana de esos grupos indígenas hasta ahora seminómadas. Como a la postre la economía moderna en su dinamismo invasor tiende a absorberlos ciegamente, toca al indigenismo hacer frente con tiempo y desde un punto de vista científico a este problema.

Una vez más repetimos que no se trata de querer reducir por la fuerza a los indígenas, obligándolos a establecerse dentro de los moldes de la vida urbana. Una posible solución nos la ofrecerá el conocimiento histórico de varios aspectos de la vida indígena precolombina. Encontramos precisamente en ellos un ejemplo de la importancia que tiene para el indigenista conocer los antecedentes prehispánicos de las culturas indígenas.

Si volvemos la atención al pasado de los grupos indígenas que sí se esta-

⁴ Gamio, Manuel, “Los indígenas y sus antecedentes históricos” (Editorial), *América Indígena*, enero, 1956, vol. XVI, núm. 1, p. 4.

blecieron en pueblos y ciudades, podremos descubrir tanto algunos de sus móviles, como la forma de llevar a cabo su establecimiento. En sus leyendas y tradiciones se habla también de su anterior vida errante, sólo que se añade que iban en busca del sitio en que los dioses querían que se establecieran. Ese lugar tenía ordinariamente dos características fundamentales que lo hacían atractivo. Debía tener agua en abundancia y debía ser seguro y protegido, hasta donde fuera posible, contra los enemigos y las inclemencias. La antigua lengua náhuatl nos conserva precisamente estas ideas en la clásica expresión idiomática con que designa el concepto de “pueblo”: *in atl, in tépetl* (agua, monte). Si había estos dos elementos, era posible establecer allí un pueblo.

Aplicando esto con un criterio actual a los grupos hasta ahora seminómadas, puede decirse que precisamente un incentivo que los mueva a fijarse permanentemente en un sitio, será ofreciéndoles en él agua potable, así como las seguridades y ventajas derivadas de dotar a las comunidades no ya sólo de dispensarios y escuelas, sino también de instalaciones como, por ejemplo, los molinos de nixtamal, que les permiten preparar con menor trabajo sus alimentos básicos. Esto precisamente es algo de lo que se ha iniciado ya entre los indígenas otomíes del Valle del Mezquital, logrando atraerlos a incipientes centros de población.

El segundo punto que debe tomarse en cuenta —sobre la base de los antecedentes precolombinos— es el modo de formar y distribuir esos centros de población. Ya hemos visto —siguiendo el testimonio de Landa, por lo que se refiere a los mayas de Yucatán— que la forma característica como se establecían los indios era en centros de considerable extensión, en los que las habitaciones se hallaban colocadas a bastante distancia unas de otras. Describiendo esta forma de organización urbana de los mayas, escribe Morley:

“Los centros mayas de población no eran tan concentrados, tan densamente comprimidos en manzanas apretadas, como sucede con nuestras ciudades y pueblos modernos, sino que, al contrario, estaban dispersos en extensos suburbios, habitados con más desahogo, esparcidos en una serie continua de pequeñas granjas, un tipo de población más parecido a un suburbio que a un centro urbano concentrado.”⁵

Una forma de tal agrupamiento ofrece sin duda considerables ventajas, tanto desde el punto de vista de la higiene, como desde el de la economía y bienestar familiares, ya que permite mayor holgura y aun la posibilidad de establecer al lado de la casa una huerta o campo de cultivo.

⁵ Morley, Sylvanus G., *op. cit.*, p. 346.

Tal es la manera como —siguiendo la tradición prehispánica de los grupos indígenas de cultura superior— puede intentarse ahora establecer a los indígenas todavía errantes. Resumiendo, por consiguiente, lo dicho, parece que el problema que plantean al moderno indigenismo los indios no-urbanizados tiene una solución viable. Sin dejarlos abandonados en su actual estado, porque esto los llevaría a la postre a ser víctimas de una funesta invasión por parte de la moderna economía, que acabaría por atraparlos, aumentando con ellos las zonas de miseria de los centros urbanos, tampoco es posible a los indigenistas organizar violentamente “reducciones”, que traen consigo la rebeldía o el más funesto trauma en el alma de los indios.

El camino más adecuado lo ofrece el ejemplo de las culturas indígenas más desarrolladas: debe hacerse atractivo el sedentarismo del pueblo: “donde hay agua y seguridad” (*in atl, in tepetl*). Y luego, hay que organizar los nuevos centros, “metiendo el campo dentro del pueblo”, proporcionando a cada familia abundante espacio vital, evitando las aglomeraciones de tugurios, foco de epidemias y haciendo posibles los cultivos al lado de la casa.

Una planificación semejante, aprovechando todos los recursos de la técnica moderna, podrá ayudar a resolver el problema de los indígenas errantes, existentes no sólo en México, sino en otros varios países de América, entre los que cabe señalar al Brasil, donde es abundante este tipo de población indígena. Así, acudiendo a la experiencia indígena de las grandes culturas antiguas, podrá irse acercando cada vez más ese gran sector de los indígenas a la que hemos llamado “mentalidad urbana”, fijándonos sobre todo en lo que tiene de positivo y provechoso.

URBANIZACIÓN SIN DESORGANIZACIÓN: ESTUDIO DE UN CASO

Por Oscar LEWIS *

Este trabajo es un informe preliminar sobre un proyecto de investigación de la urbanización en la ciudad de México. La investigación surgió y es una continuación de mi trabajo previo en el pueblo de Tepoztlán. Resumiendo, era nuestra intención conocer lo que pasaba a individuos y familias del pueblo de Tepoztlán que habían ido a vivir a la ciudad de México.¹

Antes de presentar algunos de los resultados preliminares, quisiera indicar cómo nuestro trabajo está relacionado con otros estudios en el mismo campo. En primer lugar, deberá notarse que ha habido muy pocos estudios de los aspectos sociopsicológicos de la urbanización en México u otros países latinoamericanos. La sociología urbana en México se ha quedado atrás en relación con adelantos en algunas de las demás ciencias sociales. Los demás datos que más podrán compararse con los nuestros habrán de encontrarse en los estudios sobre migraciones del medio rural al urbano efectuados por sociólogos rurales en los Estados Unidos. Estos estudios han tratado principalmente las causas, la tasa, dirección y el monto de la migración, factores de selectividad, y acomodamiento ocupacional.

Al grado en que han tratado del ajuste de los inmigrantes en la ciudad, los resultados han hecho resaltar, por lo general, los aspectos negativos, tales como el desajuste personal, la desorganización de la vida familiar, la decadencia de la religión, y el aumento de la delincuencia. El cuadro total ha sido uno de

* El autor, que es miembro de la facultad del Departamento de Sociología y Antropología en la Universidad de Illinois, se ha interesado, desde hace tiempo, en los aspectos sociales y económicos de la cultura rural latinoamericana (véase *Life in a Mexican Village: Tepoztlán Restudied*). Su trabajo fue traducido del inglés por Rodolfo Stavenhagen.

¹ Agradezco al Consejo de Investigación para Graduados de la Universidad de Illinois la ayuda económica para este proyecto. La investigación de campo en la ciudad de México se efectuó en el verano de 1951 con la ayuda de un grupo de estudiantes de la Universidad de Illinois.